



Los poetas, como es sabido, se dividen en poetas "in" y poetas "out". Los "in" suelen ser guapos, visten bien y huelen mejor. Los "out" tiran al pelo largo, a la extravagancia y a la cochambre. Ni uno ni otros acostumbra a ser ricos, pero los "in", por aquello de que encuentran bien la marcha de las cosas, esperan serlo, en tanto que los "out" ni siquiera se lo proponen, aunque a veces, a fuerza de protestar por todo, vendan mucho sus libros y lleguen a tener una casa en la ciudad y otra en el campo (sobre todo cuando viene a tiempo esa ayudita del Nobel).

Pero lo que más los diferencia es el modo de morir. Los "in" lo hacen en camas respetables, en verdaderas camas de persona decente, en tanto que nunca se sabe a qué carta quedarse con los "out", que lo mismo se cuelgan de un farol del alumbrado, que se pegan un tiro o la palman en un anónimo lecho de hospital, con visible falta de respeto hacia las buenas costumbres en eso de morirse.

A los poetas "in" (de izquierda o de derecha, porque también los hay de izquierda), se les hace un entierro a cuenta del Estado, con discursos y a veces con disparo de salvas, y, si no se han acordado de condecorarlo antes, el Presidente de la República clava en la tapa del fé-

CEREMONIAL FUNERARIO PARA POETAS "OUT"

retro la Legión de Honor o cualquiera de sus sucedáneos. Entonces, un profesor que se ha especializado en la obra del muerto prepara una antología muy bien prologada con destino a los niños de las escuelas, para que aprendan a ser "in", que es lo bueno y lo que conduce a los mejores puestos.

Con los poetas "out", en cambio, no se sabía qué hacer a la hora del entierro. En el mejor de los casos, solía a reducirse a ceremonia privada y con escasos amigos, aunque fieles. Y el paso del entierro, si es que pasaba, era mirado con desconfianza por la gente decente por cuyo camino el cortejo discurría. Pero no se había establecido, institucionalizado, un ceremonial propio y honorable: era una lástima.

Ahora, sí. Si el que se muere es un poeta "out" de los que se han hecho ricos protestando de todo, se coge un comando especializado y se envía a todos los domicilios del poeta accesibles a su acción directa, porque sí, por ejemplo, tenía un pisito en París, no vale. Este equipo, que por

algo es diestro en sus menesteres, se dedica a la destrucción sistemática y efectiva de todo cuanto perteneció al difunto: libros, cuadros, papeles, mobiliario, e incluso las puertas, ventanas y vidrios del susodicho domicilio. Y cuando ya no queda títere con cabeza, y el que fue hogar de poeta presenta el estado de desolación adecuado al luto nacional que se ha decretado a su debido tiempo, el comando va al otro domicilio, si lo tiene, y lo mismo. El caso es que se vea bien que el muerto no debe dejar tras de sí nada propio que no lo acompañe en el viaje a la nada. Si él es polvo, ¿por qué no han de serlo todas sus pertenencias? Es el mejor homenaje posible, aunque menos espectacular que el fuego, y los que estaban molestos por aquellas ganancias alcanzadas mediante el truco de la protesta por todo (un negocio mal estudiado por los economistas de cualquier color), quedan tranquilos con la destrucción y el homenaje, es decir, por el homenaje consistente en la destrucción. ¿Verdad que está bonito?

Preveo que, ante funerales tan originales y solemnes, los poetas "in" se harán poetas "out", y hasta puede que no se hagan nada. Porque el nombre del poeta planea siempre por encima del caos, y basta.

GONZALO

